

llevaron a la aparición de bancos y, en consecuencia, al papel moneda (se trató del billete bancario, que, por efectos de la crisis de 1872-1873, pasó a ser desde 1877 el billete fiscal, ya que el Estado peruano acabó, previa devaluación, respaldando la emisión monetaria hecha por bancos privados). Si en las primeras décadas de la república el peso feble minó el sistema monetario del Perú, en el periodo 1863-1879 el responsable fue el billete bancario, que llegó a depreciarse de tal manera que en 1887, luego de la guerra con Chile, un sol de plata equivalía a 35 soles billete. Así, el librecambismo, la libertad de imprimir moneda por bancos privados —sin ningún control del Estado—, y el reino de la libertad económica y de la omnipresencia del mercado (por el que Friedman abogaría fanáticamente) llevaron a la economía peruana a una debacle espantosa, que se hizo manifiesta sobre todo en 1879. Para terminar, debo decir que si Friedman escribió una historia monetaria de Estados Unidos para respaldar sus tesis ideológicas, Salinas, modestamente pero más cercano a la «verdadera realidad», ha escrito una historia monetaria del Perú para descubrir todas sus facetas y complejidades sociales, económicas y —hasta diría yo— discursivas.

JOSÉ R. DEUSTUA C.  
*Eastern Illinois University*

**TURNER, Mark.** *El nombre del abismo. Meditaciones sobre la historia de la historia.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2012, 359 pp., ilustr.

Mark Turner ofrece una novedosa aproximación al análisis de la historia de la historiografía y examina construcciones historiográficas peruanas bajo presupuestos discursivos de profunda hondura filosófica, que lo llevan a adherir el postulado teórico de que los hechos existen desde y en tanto ocurra una suerte de «bautizo». Al ponerles «nombre» y constantemente renombrarlos, aquellos se hacen parte de la memoria de un pueblo,

de su recuerdo colectivo, de su identidad. Los hechos existen porque son nombrados y están dentro de un discurso histórico.

La perspectiva no es inédita, pues el llamado «giro lingüístico» afirmaba fundamentarse en la inseparabilidad de pensamiento, lenguaje y existencia. Hyden White, pese a su formalismo, quizá siga siendo quien deba nombrarse en primer lugar al señalar antecedentes de este enfoque para estudiar lo escrito por los historiadores. Y, tal vez, Paul Ricoeur sea el autor que ha ofrecido los trabajos más logrados desde este punto de vista. No obstante, la visión de Thurner no ha sido muy frecuente, porque se ubica en la esquina del «giro lingüístico», e investiga no tanto cómo y sobre la base de qué han sido bautizados los «hechos históricos» en la larga historia del Perú, sino el «bautizo» y desarrollo de eso que Garcilaso nombró «Perú», pues más que en Ricoeur, se apoya en Jacques Ranciere y su breve, pero sustancioso, *Los nombres de la historia*. Junto con ello, la interpretación y las conclusiones son propias de los estudios poscoloniales.

Texto, pues, pionero para el Perú porque lee, con esos dobles lentes, a señeros exponentes de la historiografía peruana. Esto constituye desde ya un mérito en sí mismo, allende a si concordamos con las conclusiones o con el tipo de diálogo que sostiene con la producción local, casi ausente otra vez en una obra del autor comentado. Pero, sin duda, el libro es un ejemplo de producto intelectual y, en mi opinión, es de lo mejor de Thurner. El texto tiene un enfoque original, si bien los capítulos en su mayoría son artículos previamente publicados, aunque adaptados ahora a la metodología señalada.

Como ocurre con casi todo escrito poscolonial, y también de Thurner, la redacción estimula la lectura concentrada de un texto nada condescendiente. Su propósito principal es rastrear el desarrollo que ha tenido el sujeto histórico llamado «Perú», inventado por el inca y neoplatónico Garcilaso de la Vega, y que se prolonga al menos hasta Jorge Basadre, en cuya obra ese «Perú» tiene un papel más que protagónico. En el medio, Thurner ofrece una valiosa relectura de Pedro de Peralta e Hipólito Unanue, además de Sebastián Lorente, un viejo conocido suyo que ahora, en los objetivos nacionalistas, ya no está solo: lo acompañan

destacados antecesores y sobresalientes seguidores. Para Thurner, desde Garcilaso hasta Basadre se escribe la historia de ese «Perú», «la historia peruana del Perú».

El planteamiento no se queda ahí, y agrega que esa historia peruana del Perú se inventó en la periferia, mucho antes de que lo hiciera el Viejo Continente, antes del surgimiento del «historicismo europeo». Cuando Garcilaso le coloca un nombre al Perú, cuando lo bautiza, lo salva del abismo, se lo roba al olvido: le da memoria. Se crea, entonces, el discurso histórico del «Perú» y nace el «pensamiento histórico». A ese sujeto histórico se lo dota de pasado, se lo proyecta al futuro, al tiempo por venir, se le da identidad. Lo crea Garcilaso; Peralta y Unanue lo recrean cada uno a su modo; Lorente lo enriquece determinadamente; y Basadre hasta un destino le señala. Discurso y pensamiento históricos serían un aporte «colonial» a la «metrópoli», una invención de la «periferia» que luego el «centro» usaría y recrearía. Por ello, Thurner califica la obra de Garcilaso como «cosmocolonial», categoría que podría aplicarse, siguiendo el argumento, a cada uno de los autores estudiados.

Una América «colonizada» que «provincializa» a Europa es una hipótesis muy sugerente y hartamente tentadora de aceptar. Aunque no en los términos de la jerga poscolonial, Benedict Anderson sostenía un postulado semejante, al ubicar el origen de la «comunidad imaginada» en el Nuevo Mundo. La tesis de Thurner, a diferencia de la de Anderson (que procura basarse en realidades contextuales, es decir, extratextuales), se pliega a la perspectiva que prioriza la aparición y presencia del «nombre» en el texto. Al «nombrar», entonces, Garcilaso al «Perú», según Thurner, lo habría dotado de historia, de «pensamiento histórico», le habría dado al devenir peruano un fin o sentido, en otras palabras, una «teleología histórica». Ello habría surgido en América antes que en Europa, donde recién habría florecido con el «historicismo».

Lo sostenido hasta ahora no puede sino motivar que surjan preguntas, algunas claves, y que o no están respondidas satisfactoriamente, o no han sido formuladas. De proponerse respuestas con el mismo alto nivel de argumentación del libro, entonces deberá considerarse la validez de tan atractivo cambio de canon historiográfico para estudiar los intercambios

intelectuales entre Europa y América. Como primera pregunta, tenemos la siguiente: ¿no resulta acaso una inconsistencia la «provincialización» de la metrópoli por parte de la «periferia» al interior de la teoría y discurso poscoloniales? Ciertamente, no es lo que pretenden instrumentos metodológicos como el «intersticio» y «descenrar». Entonces, ¿cómo seguir reconociéndose teórico poscolonial con un argumento que acepta, coincide o acude a Anderson, precisamente uno de los «modernistas» más censurados por los estudiosos afines al poscolonialismo? En tercer término, ¿en el fondo no tendrían el mismo carácter «modular» las comunidades de Anderson y la «invención» que Thurner atribuye a Garcilaso?

Un serio inconveniente metodológico de tan estimulante propuesta de historia intelectual es la acepción con la que se trabaja al «historicismo». El «historicismo» es un movimiento filosófico que ha ofrecido invaluable conceptos para la teoría de la historia, pero no ha sido raro interpretarlo mal, como sucedió con Popper y su *Miseria del historicismo*. En Thurner, el cimiento para construir su propuesta ha sido la obra publicada en 1936 por Friedrich Meinecke, *Los orígenes del historicismo*. El problema de usarla como base es el riesgo de pasar por alto que si bien el propósito de ella fue mostrar hasta dónde podían retrotraerse los postulados historicistas, es decir, los antecedentes del movimiento intelectual, terminó por elaborar una suerte de «genealogía» de los principios historicistas (que se entendían entonces como la verdad). Cuando eso ocurre, se suele colocar en los «orígenes» a insignes autores que se los ve como tal, pero a quienes, en verdad, no les corresponde la membresía.

Que la historia es «teleológica», es decir, que tiene un fin o un sentido, tal vez pueda encontrarse insinuado, o explícito, en algunos de los autores estudiados por Meinecke (por ejemplo, Vico, Herder, Goethe y Hegel). Pero tal «creencia» no es historicista ni surgió recién con el historicismo europeo. Ahora bien, que el presente tenga vinculación directa con el pasado y con el futuro es, finalmente —ya lo probó Karl Löwith—, un aporte del cristianismo, muy anterior, pues, al historicismo. La historia del pensamiento occidental le debe al cristianismo la noción de «teleología histórica». Pero, en sentido estricto, el verdadero «historicismo» es el filosófico, que aspiró a fundamentar las «ciencias del

espíritu» y la categoría de «conciencia histórica», logrando internalizar la «historicidad» de la existencia, uno de sus legados más valiosos para nuestra forma de entender el mundo. Contiene nociones como la de continuidad en el tiempo y la estrecha relación entre el presente y el pasado, pero no la de «teleología histórica». Más todavía, el historicismo consiste justamente en negar la teleología. Al afirmar que el mundo occidental adquirió una «conciencia histórica» hacia el siglo XIX, pues logró asumir la «historicidad» de la vida misma, está sosteniendo que la existencia y la vida son históricas. En el mundo, todo es histórico; por lo tanto, todo es finito y contingente. Así es el devenir histórico, limitado y cambiante, por lo que debe negarse el sentido de la historia, rechazar el que esta tenga algún destino.

Pareciera, pues, que ni Garcilaso ni la «periferia» lograron ser «cosmocoloniales» ni «provincializar» a Europa, pues, en primer lugar, la «teleología histórica» es un aporte del cristianismo; por ende, dicho concepto es más antiguo en el Viejo Continente que en América. Y en segundo lugar, porque el verdadero historicismo europeo, que surge en el siglo XIX, fundamenta la «historicidad de la existencia», que niega la «teleología».

Y respecto de implicancias más locales y domésticas, podría preguntarse: ¿qué tipo de «existencia» tiene el «Perú»? Ese «sujeto histórico» que nombró Garcilaso, ¿existe?, es decir, ¿ha salido de sí? ¿Estuvo presente en el siglo XIX? ¿Cuáles serían las consecuencias de ello al explicar el proyecto nacional decimonónico? Ese «Perú» en Basadre, ¿es el devenir o la escritura de su historia? ¿Cuál es su realidad? El Perú basadriano, dulce y cruel, que los peruanos vamos haciendo, que es más grande que sus problemas, que es previo a nosotros y también será posterior, ¿existe o no fuera del texto? Todo indica que Thurner desliza la idea de que Basadre habría estado refiriéndose a la historia del Perú, a la escritura, al texto, lo que se constituye en su tesis más polémica, que recuerda los excesos formalistas de White.

Thurner no duda de que ese «Perú» exista: su prueba es que ya fue nombrado. Existe al ser nombrado y existe en el texto, y entonces pareciera que el interés no se dirige a averiguar el tipo de concreción real que tendría el «Perú». Ante esto, debe recordarse que Hans-Georg Gadamer se rectificó

respecto de una noción que publicó en *Verdad y método*, modificación que acusa la influencia del intercambio de ideas que mantuvo con su dilecto discípulo, el gran historiador Reinhart Koselleck. Así, Gadamer dio un importante sitio, fuera del texto, a la interpretación histórica, e hidalgamente reconoció: «Ahora veo que no es solo cuestión de criterio, como creí en *Verdad y método*. La historia no es mera filología a escala mayor [...]. El texto y especialmente el texto literario es para el filólogo una magnitud fija. El historiador en cambio ha de reconstruir su texto fundamental: la realidad histórica».

JOSEPH DAGER ALVA  
*Universidad Antonio Ruiz de Montoya*